

**Eva
Parera**

Un viaje para valientes

**Del nacionalismo al
constitucionalismo**

Prólogo de Francesc de Carreras



DEUSTO

Un viaje para valientes

Del nacionalismo al constitucionalismo

EVA PARERA



EDICIONES DEUSTO

© Eva Parera, 2023

© del prólogo: Francesc de Carreras, 2023

© Centro de Libros PAPP, SLU, 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2023

Depósito legal: B. 2051-2023

ISBN: 978-84-234-3537-1

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo.....	9
Capítulo 1. La política antes del <i>procés</i>	15
Capítulo 2. Reflexión y cambio de rumbo	35
Capítulo 3. Populismo, decadencia y crisis moral	47
Capítulo 4. 2017, el año que lo cambió todo. Primera parte: la preparación del golpe	61
Capítulo 5. 2017, el año que lo cambió todo. Segunda parte: la consumación del golpe y la respuesta del Estado y la sociedad catalana	73
Capítulo 6. ¿Apaciguamiento?.....	87
Capítulo 7. Los constitucionalistas, triplemente abandonados	99
Capítulo 8. La valentía que frenó el golpe	113
Capítulo 9. Elecciones municipales de 2019	125
Capítulo 10. Valents	139
Capítulo 11. Reconstruir Barcelona	151

Capítulo 1

La política antes del *procés*

Era un martes 8 de abril de 2014, y esa tarde se iniciaban las sesiones del Senado con el control al Gobierno. Al igual que en el Congreso, los grupos parlamentarios podíamos formular preguntas a los miembros del Ejecutivo como parte de nuestra función de control, y era una tarea que nos tomábamos muy en serio en el grupo.

Las sesiones parlamentarias eran maratonianas —llegando a alargarse en muchas ocasiones hasta pasada la medianoche— y solían durar hasta el jueves por la tarde en un continuo de preguntas, interpelaciones, mociones y proyectos de ley; así que los martes por la mañana todos los senadores del grupo de CiU nos desplazábamos hasta Madrid para la reunión previa preparatoria del pleno. En esa reunión poníamos en común los temas que íbamos a tratar cada uno de nosotros y cómo íbamos a defenderlos en cada una de nuestras intervenciones, y, por supuesto, las votaciones que íbamos a hacer. Yo, como portavoz adjunta del grupo parlamentario, era la responsable de marcar el sentido

del voto, así que era importante repasar todas y cada una de ellas para no cometer errores.

Pero la reunión de esa mañana fue muy distinta. El portavoz del grupo parlamentario, Josep Lluís Cleries, puso sobre la mesa la posibilidad de ausentarnos de la sesión plenaria de la tarde. En el Congreso de los Diputados iban a comparecer representantes del *Parlament* de Catalunya —Marta Rovira (ERC), Jordi Turull (CiU) y Joan Herrera (ICV) fueron los elegidos— para solicitar y someter a votación la cesión a la Generalitat de las competencias para convocar una consulta vinculante. Mis compañeros (incluidos los dos de UDC que hoy son firmes defensores del independentismo) consideraban que el debate que se iba a sustentar en el Congreso era de una enorme trascendencia y requería del apoyo de todos los que estábamos representando a CiU en una clara muestra de unidad de los catalanes que, en palabras suyas, «querían tener derecho a decidir».

Mi perplejidad no pudo ser mayor. Ni se me había pasado por la cabeza abandonar mis funciones para ir a hacer de claque en la bancada para invitados del Congreso, y así lo expresé en voz alta. La imagen de los escaños de CiU vacíos en el Senado mientras comparecía el Gobierno para responder preguntas me parecía un insulto a los ciudadanos y una dejadez de funciones injustificable. La realidad es que días antes, en Barcelona, ya empecé a sentir la incomodidad de la semana que se avecinaba en Madrid. La relación con mis compañeros en Madrid era correcta, pero flotaba en el aire una cierta desconfianza mutua por mi falta de apoyo incondicional a la causa nacionalista. Y puesto que no soy ese tipo de personas que se suelen morder la lengua, esa

incomodidad y desconfianza hacia mí se acrecentaba día tras día; y esa semana, sin duda, iba a poner nuestra relación a prueba.

La comparecencia del *Parlament* en el Congreso me parecía un error, por no decir una soberana estupidez. En realidad, no era más que una puesta en escena para seguir creando mayor sentimiento de agravio y más adeptos a la causa independentista en Cataluña, puesto que todos sabían que, del Congreso, iban a salir con las manos vacías. Recuerdo la incomodidad en el seno de UDC cuando se afrontó internamente el debate que posteriormente se iba a sustentar ese próximo martes. La coalición con CDC era como un matrimonio sin amor que se veía obligado a mantenerse unido, y esos días se empezó a poner a prueba la solidez de esa unión e incluso la cohesión interna de la propia UDC.

Muchos éramos los que internamente considerábamos que se estaba andando sobre el borde de un abismo y que, si la cuestión del derecho a decidir no se atajaba correctamente, podía llegarse a lo que desgraciadamente ocurrió: una ruptura de la sociedad catalana. Así que en esa reunión matutina del martes informé a mis compañeros que yo no los acompañaría al Congreso y que me quedaba en el Senado, y así mismo se lo trasladé a mi partido. Era consciente de que mi decisión acarrearía algunas quejas por parte de CDC y que la relación con mis compañeros tocaba a su fin, así como, muy probablemente, mi paso por el Senado, tal como se confirmó unos meses más tarde.

No me arrepiento de aquella decisión. No me sentía cómoda con lo que el *Parlament* y la Generalitat estaban pi-

diendo y no podía ser tan hipócrita de ir a jalearlo. El hecho de ser la única senadora de CiU presente en la sesión parlamentaria generó muchos comentarios dentro del Senado y también mereció algún que otro artículo en medios de comunicación, incluso en el informativo de TV3. Echando la vista atrás, quizá ese día fue el primero en el que supe lo que era ser señalada. Más tarde, vendrían muchos más momentos en los que volvería a serlo.

Yo no era política de profesión. Se podría decir que mi salto a la política fue de carambola. Soy abogada, y mi especialidad es la del derecho deportivo. De hecho, mi despacho de abogados, creado y levantado con mucho esfuerzo junto con mi socio Oriol Castañer, fue el primero en toda España especializado únicamente en derecho deportivo, y no estaba dispuesta a abandonarlo tan fácilmente. La política me apasiona, pero es importante no depender sólo de ella, puesto que entonces pierdes la libertad a la hora de defender tus creencias y tus ideas. Muchos son los que han vendido sus principios por un sueldo.

De hecho, fue mi actividad profesional la que me llevó a la política. Unió quería incorporar en sus filas a alguien que pudiera hacer de contrapeso a Josep Maldonado, con el que acabé compartiendo grupo en el Senado. Era un hombre muy vinculado al mundo del deporte y en ese momento se estaba generando un movimiento en favor de las selecciones catalanas que más tarde se puso en evidencia que era un tentáculo más del nacionalismo, con el objetivo de poner el deporte al servicio de la causa nacionalista; así que UDC quería tener a alguien con presencia en el sector del deporte, tan importante es en la sociedad catalana. Mi despacho

asesoraba al RCD Espanyol, presidido por Daniel Sánchez Llibre, cuyo hermano Josep era un cargo destacado de Unió, y así es como se produce mi primera toma de contacto con Unió: por medio de él y Joana Ortega. Después de una comida con ellos y Josep Antoni Duran Lleida, decido militar en UDC y me incorporo a las reuniones del comité de gobierno. Era el año 2006 y no podía tener más ilusión por adentrarme en un mundo que me apasionaba.

No tenía un cargo, no me ganaba la vida en la política, sino con mi empresa, y destinaba parte de mi tiempo libre al partido tratando de aportar desde mi campo profesional. En esa época residía en Corbera de Llobregat, un pequeño municipio a unos 25 kilómetros de Barcelona, y en 2007, a las puertas de las elecciones municipales, me ofrecen incorporarme a la lista de CiU para el municipio. En ese momento era una persona relativamente conocida, puesto que debido a mi trabajo participaba en varias tertulias deportivas en distintos medios de comunicación, y el cabeza de lista, Manel Ripoll, pensó que podía sumar para intentar cambiar el Gobierno del municipio.

Lo pensé mucho, ya que el despacho me exigía mucho tiempo. Realicé varias consultas en el propio partido, explicando mis limitaciones de tiempo y dedicación, y me animaron a presentarme. El municipio había estado prácticamente siempre gobernado por el PSC y había pocas posibilidades de llegar a gobernar. Decidí aceptar, y como la vida tiene sus propios planes, obtuvimos muy buen resultado y acabamos gobernando, así que finalmente asumí la Concejalía de Economía y Hacienda en régimen de dietas y compaginando la política activa con la actividad empresa-

rial, hasta que unos años más tarde, pasando unos días de descanso en Galicia, recibí una llamada de Duran i Lleida en la que me propuso, por sorpresa, ocupar un sitio en la Mesa del Senado.

Era el año 2011 y empezaba una aventura que duraría hasta mi renuncia en 2014. Era muy emocionante para mí pasar de aplicar las leyes como abogado a formar parte del proceso de su elaboración. En ese momento la situación política no era especialmente tensa. De hecho, como miembro de la Comisión Mixta de la UE Congreso-Senado, formaba parte de la delegación española en los viajes para encuentros entre parlamentos europeos, y la relación con el ministro de Exteriores José Manuel García-Margallo era muy fluida. De hecho, fue él quien me propuso para recibir la Medalla de la Orden del Mérito Civil en 2016. Como secretaria segunda de la Mesa asistía igualmente a todas las recepciones oficiales, tanto del Senado como —muchas veces— del Congreso, con dignatarios extranjeros e incluso con Su Majestad el aún entonces príncipe Felipe.

Recuerdo con especial cariño una recepción en el Senado durante una comida privada de los miembros de la Mesa y portavoces de los grupos parlamentarios con el príncipe y doña Leticia. Estaba a poco más de un mes de casarme y en esa comida el príncipe Felipe brindó por mi futuro matrimonio, un detalle que agradecí muchísimo. La foto de esa comida comparte espacio en mi despacho del Ayuntamiento, junto a la foto de mi hija.

Era otra época, otro nivel de política. Había personas de talla intelectual y moral, cultas y viajadas. Parece mentira que hayan transcurrido tan pocos años desde esa comida,

escasamente seis años, siete quizá, y el país haya cambiado tanto. La política con mayúsculas se ha evaporado y ya no se practica la política de Estado. Hace escasos años aún teníamos debates realmente interesantes sobre políticas concretas, sobre la evolución de España y su proyección a futuro, sobre el proceso de integración de Europa, las relaciones con Estados Unidos o sobre política y geopolítica internacional. Hoy parece que sólo se habla del contenido inmediato de un tuit o del titular de una noticia.

La siguiente ocasión en que pude saludar a Su Majestad fue ya como rey el día de su coronación. Fui invitada a asistir a su discurso en el Congreso, así como a la recepción posterior que tuvo lugar en el Palacio Real, donde tuve ocasión de coincidir con muchísimas personalidades tanto de la política como de la sociedad civil. Recuerdo la fila protocolaria para saludar al rey. Debió estar horas recibiendo a todas y cada una de las personas que pasaban a saludarle, pero fue algo muy emotivo. La permanencia de la nación. Fui una privilegiada: no todo el mundo tiene la suerte de acudir al Palacio Real para asistir a la coronación de su rey. Fue un acto que, por desgracia, hoy viviríamos de forma muy distinta. Ya lo hemos visto con los sistemáticos desplantes de los presidentes autonómicos de Cataluña y País Vasco. Allí se congregaron muchas personas profesando una alta consideración por el jefe del Estado, por la monarquía constitucional y con una educación y respeto que hoy muchísimos políticos ya no conocen o incluso desprecian.

Sin duda, eran otros tiempos. Me sentía cómoda con lo que defendía Unió, el *seny* en la vida social, cultural, económica y política, y el diálogo con el Gobierno de España. De

hecho, yo misma asistí a muchas reuniones en los diferentes ministerios para negociar enmiendas y propuestas a los proyectos de ley que se tramitaban. Mi relación con los senadores del PP —partido que gobernaba España entonces— era excelente y muchos me preguntaban cómo, con mis ideas, podría estar en un partido nacionalista. He de confesar que jamás llegué a considerar a UDC como un partido nacionalista, pero ahora, visto con perspectiva, me doy cuenta de que sí había demasiados matices que no percibía. Mensajes subliminales, aparentemente inocentes, que están hoy en la base del movimiento independentista, y que aún hoy no llego a entender cómo pudieron desvirtuarse tanto y derivar en el *procés* y en el odio y el supremacismo que destila en cada uno de sus postulados.

En defensa de mi extinto partido —UDC— debo decir que jamás me sentí coartada para poder expresar mi opinión. Era un partido con diferentes sensibilidades internas, como se vio después con la aparición de Demócratas, de Antoni Castellà, pero con mucho debate interno en su órgano de dirección, del cual formaba parte, y con un liderazgo muy fuerte que mantenía al partido en la senda del sentido común y la lealtad institucional. Josep Antoni Duran i Lleida era un hombre con un alto sentido de Estado, el cual trasladaba a las decisiones del partido.

Pero el camino iniciado por CDC hacia el *procés* supuso una prueba de fuego, tanto para UDC como para la coalición, que ninguno de ellos logró superar. Las encuestas no eran favorables para CiU. ERC recortaba distancias y agitaba a la sociedad catalana que apenas salía de una crisis económica y que acusaba al Gobierno de Artur Mas de practi-

car unos recortes muy duros. El terreno para el «Madrid nos roba» estaba sembrado desde hacía tiempo y era el momento de hacerlo brotar. CDC empezó a poner sobre la mesa de la ejecutiva de CiU —de la cual también formaba parte— la idea de que debíamos liderar el malestar de la gente y derivarlo hacia el Gobierno de España.

Era 2012 y se estaba organizando la primera gran manifestación del 11 de septiembre, que acabó convirtiéndose también en la primera gran discusión interna en la ejecutiva de CiU.

Hasta entonces, la Diada de Catalunya consistía en la ofrenda floral a Rafael Casanova y poco más. Eran actos muy institucionales, de poco peso político y nula carga ideológica. De hecho, yo nunca participaba. Pero esa Diada iba a ser diferente. Estábamos a las puertas de unas elecciones a la Generalitat, las encuestas no eran las deseadas por CiU y se anunciaba una gran movilización reivindicativa para ese día, promovida por ERC y entidades civiles afines. Era un momento convulso en el que la crisis financiera estaba haciendo estragos y la gente pedía un cambio.

En ese momento Convergència decide que debe «estar donde está la gente» y anuncia en la ejecutiva su intención de asistir a la manifestación. Unió no pensaba igual, y dejó claro en esa reunión que no íbamos a estar en una manifestación cuyo lema era «Cataluña, un nuevo Estado dentro de Europa». Duran i Lleida puso de manifiesto que era un grave error dejarse manipular por las encuestas, y que querer mimetizarnos con ERC sólo iba a convertirnos en irrelevantes, puesto que la gente tiende siempre a votar al original y nunca a la copia. Ese día, muchos miembros de CDC que no

eran independentistas se dispusieron a abrazar la *estelada* por miedo a perder el poder y todo lo que él conlleva, y decidieron optar por lo fácil, sin saber que por el camino se dejarían las mayorías absolutas y varias escisiones de sus propias escisiones.

Acabada la reunión de la ejecutiva ambos partidos comunicaron a sus afiliados, a través de los medios, cuál era su posicionamiento en relación con la manifestación del 11 de septiembre, y la maquinaria de algunos medios de comunicación y opinadores se puso en marcha contra Unió, ensalzando la postura de Convergència, y despreciando las razones que se esgrimieron desde el partido democristiano para no secundar la manifestación.

Finalmente, la dirección del partido acabó cediendo a esas presiones, principalmente para no romper la estabilidad con su socio, y tomó la decisión de acudir. No contradije esa instrucción, pero tampoco me sumé a la manifestación. Excusé mi asistencia y me quedé en casa. En ese momento residía en Gracia, muy cerca del recorrido previsto que se inició en el Paseo de Gracia. Tuve curiosidad y me asomé a ver el ambiente y me asusté. Entendí que algo estaba cambiando en Cataluña y que ese cambio no podía traer nada bueno. La convocatoria había sido masiva, llena de *esteladas* y secundada por partidos, entidades y el inestimable apoyo de TV3, guiando a la gente desde muchos días antes. La última manifestación que recordaba realmente multitudinaria, y a la que sí acudí hacía ya muchos años, fue la que se convocó de forma espontánea para pedir la liberación de Miguel Ángel Blanco secuestrado por ETA. Hoy me remueve el estómago ver cómo el *procés* blanquea a condena-

dos por terrorismo como Arnaldo Otegui y aplaude junto a Bildu la liberación de los presos de la banda terrorista. Una muestra más de la crisis moral que el nacionalismo ha traído a Cataluña.

Después de ese fatídico día, *Convergència* sorprendentemente inicia un acercamiento a ERC en cuyos políticos veía más afinidad y comodidad de trato que con los de UDC, al punto de suscribir un acuerdo de colaboración electoral con *Reagrupament Independentista*, un movimiento surgido de ERC. CDC nunca se había sentido cómoda con *Unió* y vio la oportunidad perfecta para deshacerse de ella. La dirección de *Unió* no desconocía estos movimientos por parte de CDC, a pesar de la falta de transparencia y honestidad que presidían las reuniones de las ejecutivas de la federación. Esas reuniones siempre me parecieron más una obra de teatro bien ensayada que una reunión efectiva de dirección política. El debate era más bien superficial, los recelos flotaban en el aire y nadie era del todo sincero.

Desde *Unió* se trató de frenar la deriva independentista que había iniciado *Convergència*, conscientes del abismo al que nos iba a llevar; pero la campaña iniciada del supuesto agravio económico que sufría Cataluña parecía ya imparable. Se puso en marcha en Cataluña una campaña de comunicación, financiada con recursos públicos, en redes, en medios de comunicación o en la calle con manifestaciones, cuyo único objetivo era atacar a España y crear un estado de ánimo de la sociedad favorable a la independencia. «España nos roba, nos está expoliando, nos está maltratando y hay que salir de España», eran las principales proclamas. Y desde *Unió* veíamos con enorme preocupación cómo el

Gobierno de la nación no hacía nada para combatir esa idea. No sólo el silencio, sino la ausencia del Gobierno en Cataluña era atronadora, y una autopista abierta para los que querían romper con España. Y eso es lo que desde el partido se intentó alertar al Gobierno de Mariano Rajoy. Pero por desgracia no prestaron la atención debida a lo que estaba ocurriendo. No era un suflé —como ellos argumentaban restándole importancia—, era una operación planeada y ejecutada con precisión, tratando de copar todos los focos de poder.

Evidentemente, el *Govern* de la Generalitat no podía celebrar un referéndum sobre la independencia, puesto que era ilegal, y por ello se llegó al punto de ir al Congreso de los Diputados a solicitar la cesión de las competencias para una consulta vinculante a la que, obviamente, el Gobierno no se plegó y que, finalmente, acabó con la celebración de la consulta no vinculante y sin ningún efecto jurídico del 9N.

La preparación previa de esa consulta no fue inocua para Unió. Estábamos en el *Govern* con CDC. Joana Ortega era *consellera de Governació i Relacions Institucionals*, Ramon Espadaler, *conseller d'Interior*, y Josep Maria Pelegrí, *conseller d'Agricultura, Ramaderia, Pesca, Alimentació i Medi natural*. Hoy Joana es secretaria general de la *Associació Catalana de Municipis*. Ramon está integrado en el grupo parlamentario del PSC y Josep Maria está trabajando en el sector privado.

El *Govern* había emprendido el camino de forma decidida hacia la consulta y Unió cada día mostraba más incomodidad y lidiaba con muchas tensiones internas. Se sucedieron numerosos debates en el seno del partido sobre el papel

que debían asumir los *consellers* de Unió en dicha consulta, puesto que había muchas dudas sobre su legalidad y las consecuencias jurídicas de llevarla a cabo. Recuerdo especialmente una reunión de la *Permanent*, que era el órgano que preparaba las reuniones de la ejecutiva del partido donde estábamos una representación más reducida de la misma, en la que se expusieron los peligros legales y políticos de que Joana Ortega fuera la responsable de leer los resultados de la consulta. Ella asumió seguir adelante con la tarea que le había encomendado el *president* Artur Mas, a pesar de las muchas reticencias mostradas, entre ellas, las del propio Duran i Lleida.

Finalmente, la consulta —en la cual yo no participé ni tan siquiera para votar— se llevó a cabo después de muchos tira y afloja entre los socios del *Govern* para redactar la pregunta; se iniciaron los procesos judiciales contra los miembros del *Govern* que la hicieron posible y se empezó a preparar el camino hacia las elecciones autonómicas que iban a tener lugar en septiembre de 2015 con un carácter claramente «plebiscitario», según palabras del propio Artur Mas, ante el fracaso de la consulta.

La dirección de Unió percibía con temor que se avecinaban cambios importantes que iban a afectar al partido y, sin duda, a la política en Cataluña. Y era tal la inquietud por la deriva de CDC que se decidió, desde la dirección del partido, trasladar a la militancia cuál tenía que ser la hoja de ruta del partido en relación con la independencia. Así pues, UDC puso en marcha una consulta interna, consciente de que los pasos de su socio se dirigían de forma muy temeraria hacia una ruptura con España. El resultado fue muy

ajustado en favor de las tesis de Duran i Lleida, contrario a la independencia; pero la fractura del partido era ya una realidad imparabile.

En ese momento, y aun a pesar de la evidente deriva de *Convergència* hacia la independencia, creo que nadie veía a Artur Mas capaz de doblegarse ante ERC (adversarios acérrimos hasta entonces) ni mucho menos ante los antisistema de la CUP. Ambos eran partidos antagónicos a lo que representaba *Convergència i Unió*. Personalmente, siempre creí, quizá por desconocimiento o inmadurez política, que jamás llegarían a poder entenderse. Pero me equivoqué.

No sólo se rompió CiU. También se acabó rompiendo *Unió*, que desapareció, y la propia *Convergència*, que transmutó en lo que finalmente es hoy *Junts per Catalunya*.

Recuerdo algún debate interno en el seno de la *Permanent* sobre si debíamos romper con *Convergència* y cómo y cuándo se tenía que hacer. Incluso se llegó a hacer una votación interna previa a un comité ejecutivo de CiU, conscientes de que compartíamos responsabilidades en el *Govern* y que la ruptura significaría la salida del gobierno y la convocatoria de elecciones anticipadas. Yo voté a favor de romper con *Convergència*, pero finalmente se impuso el *no* en una votación muy igualada y con mucho debate interno.

La realidad es que a mayor tensión entre *Unió* y *Convergència*, mayor era mi grado de incomodidad con mis compañeros en el Senado. Sin duda, el día en el que me quedé sola representando al grupo supuso un punto de inflexión en mi relación con ellos. El trato personal era complicado. De hecho, me llevaba mejor con senadores de otros grupos parlamentarios que con los del mío. Empecé a ser vista como

una traidora, una *botiflera*, como se ha estilado llamar a los no independentistas en Cataluña.

El presidente del grupo, que era quien distribuía los puntos del pleno entre cada uno de los miembros del grupo, ya no me hizo intervenir en determinados debates, sabiendo que no apoyaría las posiciones de Convergència. Finalmente, pocos meses antes de celebrarse la consulta del 9N, abandoné mi escaño, que fue ocupado por mi compañero de Unió, Salvador Sedó, un excelente europarlamentario que también había sido víctima de las tensiones con Convergència. Debo reconocer que la renuncia me aportó mucha tranquilidad. Ya no disfrutaba del trabajo en el Senado, que además me obligaba a pasar muchos días separada de mi primera y única hija, que había nacido a finales de 2013, y Duran i Lleida me ofreció la posibilidad de ocupar el cargo de *consellera* del Consell de l'Audiovisual de Catalunya (CAC), puesto que acepté con enorme ilusión, ya que en mi despacho profesional habíamos tratado muchos temas de derechos audiovisuales y era una rama del derecho que me apasionaba.

Inicialmente pensé que la tranquilidad volvía a mi día a día. Que alejarme de la primera línea de la política iba a permitirme tomar un poco de distancia. Pero nada más lejos de la realidad. Una de mis muchas responsabilidades como *consellera* del CAC era supervisar los contenidos de los medios públicos catalanes, y TV3 se estaba empezando a radicalizar, convirtiéndose en el aparato propagandístico del independentismo.

El cargo lo asumí liberada de vinculación política, puesto que es el deber por ley ejercer esa responsabilidad con

independencia y sin cargos ejecutivos o de dirección en ninguna formación política, motivo por el cual abandoné el órgano ejecutivo de Unió. Así que, por primera vez, pude empezar a combatir abiertamente el independentismo confrontando en persona la deriva de la televisión pública de Cataluña, que seguimos pagando todos los catalanes con nuestros impuestos.

Inicié una etapa muy beligerante contra TV3, contra Catalunya Ràdio y contra muchos medios de comunicación que se fueron radicalizando, convirtiéndose en instrumentos de agitación y propaganda más que en medios de comunicación abiertos y plurales. Mònica Terribas, que estaba en ese momento haciendo un programa por las mañanas en Catalunya Ràdio, fue uno de los principales exponentes de esta radicalización y transformación de periodistas en activistas. En TV3, en los programas como «FAQS» o «Els Matins» e incluso «Polònia», que, a través del humor, tan protegido y a la vez una de las mejores bazas del nacionalismo, se hacían claramente campaña a favor de la DUI y, sobre todo, mucha publicidad y propaganda en contra del Estado, en contra de España, en contra del español, en contra del Gobierno de la nación, en contra del rey y en contra de los jueces. Todo estaba pensado para destruir las estructuras de Estado, socavar el Estado de derecho y eliminar de Cataluña cualquier símbolo de la Cataluña que quiere seguir formando parte de España lealmente.

El *Consell* del CAC estaba integrado por seis miembros y los debates internos estaban muy polarizados, aunque las tesis de los independentistas siempre conseguían prevalecer por el voto de calidad del presidente del *Consell*, mili-

tante de CDC. Fue durante mi mandato como *consellera* del CAC cuando asistí con tristeza a la desaparición del que había sido mi partido desde el inicio de mi andadura en política. Convergència finalmente rompió su alianza con Unió y ésta afrontó en solitario por primera vez en su vida unas elecciones autonómicas con Ramon Espadaler como cabeza de lista. Los resultados obtenidos fueron insuficientes y Unió quedó fuera del *Parlament* de Catalunya. Recuerdo con especial tristeza esa noche electoral en la sede de Unió en la calle Nàpols. Las previsiones no eran buenas y decidí que debía acercarme a la sede para acompañar a mis compañeros y amigos en una noche triste y dura. No éramos muchos los que estábamos allí. En la victoria, muchos son los interesados, pero en la derrota pocos son los amigos. Esa misma noche se repitió poco después en las elecciones generales con Duran i Lleida como cabeza de lista. Poco después el propio Duran comunicaría su dimisión y finalmente UDC entraría en concurso de acreedores y desaparecería definitivamente del panorama político.

Durante mi etapa en el CAC se produce el famoso «paso al lado» de Artur Mas presionado por la CUP, que permite la aparición en escena de un personaje extremadamente tóxico como Carles Puigdemont: un político desconocido para el gran público, pero que la gente que le conocía definía como más cercano a los postulados de la CUP que a los de CDC, un independentista radical y una persona poco razonable, por decirlo de forma suave. Puigdemont no tenía ninguna capacidad para ser presidente de la Generalitat y gobernar con algo de sentido común. Y así fue. Resultó ser un radical, tratando de armar un golpe de Estado, y un co-

barde que acabó huyendo escondido en un coche para no afrontar las consecuencias de sus actos. Un fanático sin ningún respeto a la democracia, al Estado de derecho ni a la sociedad catalana. Una persona sin escrúpulos, capaz de fracturar la sociedad catalana para mantener determinadas cotas de poder.

En el mundo empresarial catalán no parecían ser conscientes, o al menos no plenamente, de la gravedad de la situación. Gran parte de los movimientos de Convergència fueron hechos, en parte, con el apoyo implícito o explícito del mundo empresarial. Era el partido de las empresas en Cataluña y las grandes decisiones no se tomaban de espaldas al empresariado. De hecho, muchos empresarios reconocían abiertamente que en las autonómicas votaban Convergència i Unió y en las elecciones generales votaban por el Partido Popular, porque querían políticas de centro derecha para el conjunto de la nación. Por desgracia, el empresariado catalán no supo levantar la voz para evitar las consecuencias económicas y sociales derivadas del *procés* y que aún hoy se hacen evidentes.

Muchas veces me he preguntado cómo hemos podido llegar hasta aquí. Por qué no fui capaz de detectar las pequeñas señales. Me pregunto constantemente si ese supremacismo siempre estuvo allí, escondido, imperceptible. Si toda la política que hacíamos y practicábamos desde CiU era un engaño perfectamente orquestado para llevarnos a un golpe de Estado.

Mi lengua materna en casa siempre ha sido el catalán, y en casa me han enseñado la virtud del trabajo y del ahorro. A los catalanes siempre se nos ha tildado de trabajadores y

un poco tacaños, pero cómo eso llegó a convertirse en el «gen catalán» es algo que hoy todavía me sorprende. Ya en mi época escolar se hablaba de la inmersión lingüística y vivimos el nacimiento de TV3 como una televisión que venía a fomentar el uso del catalán para favorecer la integración a través del conocimiento de la lengua de las personas venidas de otras partes de España.

Yo, personalmente, no estudié con la inmersión lingüística, ya que mis padres me matricularon en el Liceo Francés con un enorme esfuerzo económico. Hoy en día, para ellos, el uso del catalán sigue siendo una cuestión importante puesto que ellos no lo tuvieron a su alcance en la escuela, pero por encima de todo estaba su creencia de que sus hijos debían recibir la mejor educación posible y aprender el mayor número de idiomas posibles. Pero ¿cómo hemos pasado de querer impulsar el conocimiento de la lengua como medida de integración, a utilizarla como instrumento de expulsión? Me cuesta identificar un único momento. Hoy en día, la inmersión lingüística y la politización de la lengua es lo que más malestar interno me produce. No se trata de una situación coyuntural, sino de una construcción estructural, pensada y ejecutada, donde en lugar de querer integrar, lo que se busca es expulsar. La base de todo era una mentira. Jamás se buscó la integración, se buscó la conversión política de los jóvenes. Y eso es imperdonable.

Todo estaba orientado a crear un caldo de cultivo óptimo para llegar a un momento en el que fuera fácil la independencia de España, expulsando a España de Cataluña. Y esto es lo que a mí me produjo tal sentimiento de engaño que decidí seguir en política combatiendo el odio naciona-

lista, porque en el fondo, quizá sin ser consciente, me creí esas mentiras. En el fondo fui parte del sistema nacionalista, inconsciente, pero fui parte. Me engañaron, me mintieron y, en cierta manera, me dejé utilizar. Nadie me apuntaba con una pistola, aunque sí existía mucha presión ambiental. Y me da mucha rabia no haber reaccionado antes. Esta fuerza me lleva a combatir hoy el nacionalismo con conocimiento de causa, sabiendo cómo razonan y qué los lleva actuar. Debemos confrontar esas ideas y ese adoctrinamiento, ideas que se combaten con ideas y adoctrinamiento que se combate con la razón. Y esto es lo que intento hacer hoy, porque lo he vivido desde dentro.

En estas páginas trataré de que el lector entienda el antes, el durante y el después de mi viaje del ecosistema nacionalista al constitucionalismo. Un viaje cargado de razones y que espero pueda ayudar a que muchas más personas puedan reconocerse en esas razones y se atrevan a hablar y luchar por una Cataluña libre de nacionalismo, que quiere vivir en paz y prosperidad, preocupada en dar respuesta a los problemas reales y no en construir mundos imaginarios. Es un llamamiento a todos aquellos que quieran volver a ver una Cataluña líder económica, social y culturalmente para una España de 47 millones de personas. Para que nadie más tenga que «aprender a callar» en Cataluña.